

Tercer Premio, Certamen Poesía
Lema: Gaviota al vuelo
Autor: Arlín Algorri Flores

A Kenneth, mí célula, mi amor y mi vida

Reproche del ángel caído

Anoche, a media noche,
mientras me desvelaba
frente a la cuna, vi como
del cielo, se deshacía
lentamente la bruma.

Quizás una estrella fugaz
ha roto el manto infinito
y ante la oscuridad inmediata,
un destello de luz se ha marcado.

Caído del cielo
cual se deshoja una margarita,
se ha desprendido indefenso,
un ángel bañado,
con agua bendita.

Trato de buscar
más allá de la ventana.
¿En dónde ha caído el
Ángel de la Guarda?

El llanto de mi niño me alerta.
Moribundo y hambriento,
famélico y triste,
llagoso y desconsolado.

Tomo al niño en los brazos,
mi pedazo de carne encendido,
de noches de amargura
y quebrantos,
de noches secas,
de hastío.

Corro hasta el jardín
donde un día cantaron, al compás de un violín,
un jilguero, un querubín,
que una vez
mi llanto ahogaron.

El ángel se ha levantado.
Bello, inmensamente bello.
Sus crisálidas se abren
Lentamente, con mesura.

Todo se detiene,
los grillos callan,
las ramas y el viento pactan.
El silencio, ¡Ah! Tan dulce es el silencio,
que hasta mi niño,
¡Hasta mi niño,
ha despertado!

¿Por qué vienes ahora?
¿Por qué tanto has tardado?
¡Ya no te necesito!
Mi reclamo se ha quebrado.

Acaso Dios,
¿De mí se ha olvidado?
¡Qué se olvide, no me importa!
Pero mi niño,
¿Qué mal ha causado?
Si debo darle mi vida...
Entonces que la tome,
¡Tómala tú esta noche!
¡Tómala tú esta noche!

De los ojos del ángel
mares se escaparon.
Y mirando al Dios infinito,
un grito ha lanzado.
¡Oh Dios de los cielos
Padre grande y amado!
¿Es que no escuchas el llanto,
por eso me has lanzado?
Acuérdate del dolor
del Cristo crucificado.

Acaso te olvidaste,
que eres Dios, que eres día y noche
pan, comida y vino...
Dime Señor que puedes escuchar mi voz
¡Dímelo Dios,
te suplico!

Hoy camino con mi niño,
juntos, de la mano.
De pronto se detiene
a observar un tiovivo,
un oso de peluche,
en una vidriera lujosa.

Entre todos los juguetes,
un rostro se refleja.
Cerca del farol,
frente a la vidriera.
Un rostro se alza,
un espectro me aterrera.

Mi niño lo ha visto,
y corre hasta su diestra,
sin miedo, sonriendo,
confiado,
como si lo conociera.

Su mano le tiende
y mi niño la acepta.
Corro aterrada y rompo
ese lazo,
su cuerpo de llagas,
su manto ensangrentado.

La gente lo escupe,
lo sentencia, lo acusa.
Y aunque lo conozco,
lo ignoro,
y aunque me apena, me asusta.

Así me pierdo en la calle,
como se perdió en mí el reclamo,
del ángel caído del cielo,
convertido en hombre, ¡Humano!

